

**AUNQUE NACIERA EN LA LUNA:
LA ENSAYÍSTICA PERIODÍSTICA DE ANA LYDIA VEGA***

*Para Ana Lydia Vega con admiración y
agradecimiento por tantas conversaciones*

¿Tú ves que somos uno?

Congresista puertorriqueño Luis
Gutiérrez, Cuarta Lección
Magistral, Cátedra UNESCO de
educación para la paz dictada en la
Universidad de Puerto Rico el 28
de agosto de 2001.

“Prefiero confiar. Prefiero atrincherarme
en la esperanza. El viento sopla ahora en otra
dirección. Sus primeras ráfagas prometen
(...) el futuro de paz que, con tanto sacrificio
se ha logrado en nuestra tierra.

Ana Lydia Vega, “Últimos pataleos
de Mc Carthy,” *El Nuevo Día*, 18
de octubre de 1999.

Desde hace algún tiempo, la labor ensayística que lleva a cabo Ana Lydia Vega desde las páginas de un diario local ha sido enjuiciada por un sector de la crítica puertorriqueña que se identifica vagamente como posmoderna. Sus argumentos principales tienden a ubicar las posiciones de Vega en sus ensayos dentro de una corriente que consideran conservadora y neonacionalista. Aun cuando en ocasiones se hace la salvedad de que sus obras de creación (entiéndase cuentos y novelas) tienen un signo liberador, afirman que sus ensayos ofrecen un visible contraste con lo anterior ya que en éstos asume una postura reaccionaria.¹

Mi propuesta de lectura se aparta de la que acabo de citar ya que sugiero que se examinen estos ensayos a la luz de algunos trabajos recientes sobre el nacionalismo, o más bien, los diversos tipos de nacionalismo, el concepto de nación y la identidad

nacional como modos de resistencia que llevan a la autodeterminación y a la liberación. Los trabajos de la investigadora catalana Montserrat Guibernau y del profesor británico David Miller me han sido particularmente útiles para definir las coordenadas teóricas de mi lectura. Del mismo modo, las acciones concretas de muchos puertorriqueños que afirman su nacionalidad de diversas maneras todos los días, me llevan a pensar que los ensayos periodísticos de Vega no son afirmaciones conservadoras de un nacionalismo excluyente que pretende frenar el impulso de la historia, sino observaciones atinadas sobre un proceso que se está dando en este momento en nuestro país que se abre al futuro e insufla esperanzas en todos aquellos que deseamos una sociedad más justa.

Los ensayos de Ana Lydia Vega toman como punto de partida los eventos de la vida cotidiana en Puerto Rico. Algunos de los más recientes examinan temas como: el resultado del referéndum sobre la salida de la marina de guerra de los Estados Unidos de Vieques, la celebración del 4 de julio en la Isla, el triunfo de Denise Quiñones en el certamen de belleza de Miss Universo, la canonización del beato Charlie, la marcha de los puertorriqueños por la paz de Vieques, la excarcelación de los policías que asesinaron a los jóvenes independentistas en el Cerro Maravilla, el descarrilamiento de Farrique Pesquera, las gestiones de los riopedrenses por rescatar el casco urbano de la ciudad, los eventos del 11 de septiembre y otros. La nómina de temas mencionados da cuenta de la cercanía de los textos a la realidad concreta de nuestro país. A la ensayista le interesa comentar los sucesos que van ocurriendo mientras se van dando. Por eso su escritura se ve dotada de cierta urgencia ausente en sus textos anteriores.² Un ejemplo de lo que acabo de señalar es precisamente el título de uno de sus ensayos recientes “Entre bombardeos,” que recoge la angustia de este momento en el que los puertorriqueños estamos en espera de que se reanuden los bombardeos en suelo viequense. Los ensayos de Ana Lydia Vega no pretenden ser noticias en el sentido de dar a conocer sucesos

nuevos. No dependen del hallazgo o la sorpresa sino de la reflexión crítica. Se escriben para la sección “Perspectiva” del periódico *El Nuevo Día* y se emplea ese espacio para comentar algunos de los eventos más significativos que van ocurriendo en Puerto Rico. La autora configura una especie de crónica urbana que ciertamente se inscribe en un discurso puertorriqueño de afirmación nacional que puede calificarse como nacionalista sin tener que pedir excusas por emplear el término.³ En este discurso se articulan conceptos como la puertorriqueñidad, los héroes, la patria, la identidad nacional, los símbolos (como el himno nacional y la bandera), y otros que están muy ligados a la construcción de la nación.

Vale la pena preguntarse ¿qué es lo nuevo en este discurso? ¿Por qué le resulta incómodo a algunos y fascinante a otros? Lo novedoso parece ser ante todo el estreno. Lo que hasta hace poco tiempo estuvo prohibido, relegado al espacio de lo contestario, lo peligroso y hasta lo subversivo, se vuelve aceptado en la sociedad puertorriqueña, aunque algunos sectores todavía intenten devolverlo a su lugar marginal. Por ejemplo, el uso de la bandera puertorriqueña en todos los ámbitos de nuestra vida como pueblo, es reciente. Hasta hace poco se consideraba un acto de deslealtad con los Estados Unidos el emplearla sola. Debía estar siempre acompañada de la de los Estados Unidos para que resultara inofensiva y mostrara nuestro agradecimiento hacia el país al cual representaba. En un ensayo titulado “Confesiones de la monoestrellada” del 30 de julio de 1998, es la propia bandera puertorriqueña quien narra en primera persona sus peripecias a lo largo de nuestra historia para llegar al lugar que ocupa hoy, desde los momentos en que estuvo proscrita hasta que fue ganando espacio en los lugares más insospechados de nuestro país:

Fui poco a poco infiltrándome como quien no quiere la cosa, por todas partes. Empecé a aparecer en los sitios más extraños: en viseras, en pantallas, en fondillos de

mahones, en comerciales de ron y cigarrillos, en toallas... Mis compueblanos del otro lado del charco se las ingeniaron para desplegar me en la mismísima frente de la Estatua de la libertad.”

Otro ensayo más reciente del 5 de julio de 2001 titulado “Llámenme Gloria,” constituye un monólogo que la autora pone en boca de la bandera norteamericana, la llamada Old Glory y que dirige a sus “amigos y vecinos” los puertorriqueños. En ese monólogo los insta a recordar su historia y devolverle su “verdadera identidad de bandera libertaria.” Así describe la bandera su relación de casi medio siglo con la monoestrellada:

Un buen día, abrí los ojos y vi que no estaba sola. Allí, mirándome de lo más carifresca daba bandazos al viento una especie de cruce entre la bandera de Cuba y la de Texas. Me pareció increíble que fuera la de Puerto Rico. Delante de mí, por lo menos, nadie había proclamado ninguna independencia. Confieso que me alegré. Bastantes sufrimientos le había costado a la pobre llegar a treparse en ese palo.

En los 49 años que llevamos juntas, no he hecho más que escuchar su lamento borincano: que estuvo más de medio siglo metida en el clóset, que los mismos que la sacaron luego la persiguieron; que los del otro bando igual la fastidiaron; que todavía hoy, cuando por fin la reconoce el pueblo entero, tiene que seguir de rabo mío, colgada como un cero a mi izquierda...

De acuerdo con el sociólogo puertorriqueño, José Luis Méndez: “se ha descriminalizado el uso de la bandera y ese es uno de los grandes avances que está teniendo este pueblo.”⁴ Luis Gutiérrez también observa gozosamente que la situación de la bandera puertorriqueña es muy diferente de la que encontraron sus padres cuando emigraron a Chicago y constituye un motivo de orgullo, de celebración y de afirmación de quienes somos:

“ahora se pegan la bandera puertorriqueña hasta donde no debía estar pegá.”

En Puerto Rico desde 1898 ha habido un esfuerzo continuado por suprimir todo aquello que pudiera asociarse a lo nacional o a la nación. Cualquier intento de afirmar lo propio, lo puertorriqueño era visto como un acto separatista con potencial subversivo. Al día de hoy, cuando hablamos de nación en Puerto Rico nos vemos obligados a aclarar de cuál de las dos naciones se trata. Todavía cuando en el noticiero televisivo se anuncia que pasaremos a las noticias del ámbito nacional debemos esperar unos segundos para enterarnos si se trata de lo que ocurre en Aguadilla o en Washington. Hasta hace poco la pregunta de si Puerto Rico era una nación preocupaba a algunos y todavía escuchamos afirmaciones como: “Puerto Rico es mi patria y los Estados Unidos mi nación” o “Puerto Rico y Estados Unidos son mis dos naciones,” muestras tanto de oportunismo político o de esquizofrenia colonial como del doloroso “vivir desviviéndose” al que aludiera Américo Castro al referirse a las vivencias de algunos sectores de la sociedad española en los siglos XVI y XVII. Es por eso que la irrupción de la bandera puertorriqueña al ámbito comercial no se puede ver únicamente como una moda o una mera estrategia de mercadeo. El caso de Puerto Rico pone de manifiesto la necesidad de muchos puertorriqueños de afirmar su identidad de manera simbólica. Se intensifica en momentos en que la situación de Vieques nos obliga a asumir posiciones y a plantearnos nuevamente la cuestión de la identidad. La resistencia de los viequeses y el respaldo cuasi unánime que ha recibido por parte del pueblo puertorriqueño como lo han señalado tanto Ana Lydia Vega (véase su ensayo “El día en que los ángeles marcharon”) como Luis Rafael Sánchez en su ensayo periodístico “Esperando la bala” del 26 de julio de 2001 constituyen un acontecimiento histórico sin precedentes en la historia de Puerto Rico. Ciertamente la injusticia que se ha venido cometiendo contra el pueblo de Vieques por sesenta años ha logrado aglutinar diversos sectores de la sociedad civil puertorriqueña que han

